BISSO, CESAR

DURAR

Tu deseo por vivir
tocó lo prohibido
con la punta de los dedos
y de pronto
una falange tras otra cayó
y gota a gota la sangre
y en cada desgarro la sangre
y entre huesitos rotos
la espesa y lenta sangre
ahogó noches y días.

Nunca duró tanto la muerte.

AQUELLAS TARDES

Aún endulzan aquellas tardes
el grávido pan de la memoria.

Aquella mansa tierra henchida.
Aquel zarpazo impuro del arado.
Aquella fragancia de la siembra.

El tajamar ardido de perdigones.
La voz del viento en las espigas.
El desvanecido árbol del sueño.

Oh, suave exhalación del alma
cuando te abrazabas al horizonte
bajo el abrigo diáfano de la lluvia.

Madre, ¿recuerdas lo que amaste?

IMÁGENES

Transito el atardecer.
Sobre muros de barro
contemplo
el perfil de la luna, remoto,
suspendido entre hojas de sauce.

Vibra esta hora secreta
al ritmo de los impetuosos juncos
cuando el gran pez
abre la boca de espuma
y devora el último hilo de luz.

La tierra flota sobre
un abanico de estrellas.
Sólo los pájaros desafían
las espadas del cielo
clavándose en la enramada solitaria.

La isla es canto de cigarra
a la espera de una lluvia sin tiempo.
Qué alivio abandonarme,
sentir como desciende la mirada.
Qué deslumbrante hechizo
la luna entre los remansos ocres.

Veo tenderse, rendida, la muerte.

De orilla a orilla
todo se vuelve ausencia.

Un jaspeado viento sur
abre la puerta de la noche.